

Ana Casquero

CRECERÉ



Basada en una historia real

· EDICIONES · PANGEA ·

CRECERÉ

ANA CASQUERO

CRECERÉ

Basada en una historia real

·EDICIONES·PANGEA·

Primera edición: marzo de 2024

Del texto: © Ana Casquero Rufino

De esta edición: © Ediciones Pangea, 2024

41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla

www.edicionespangea.com

Edición al cuidado de José Peña Fierro

Composición de cubierta: Marta Díaz (martadiaz.design)

ISBN: 978-84-127361-9-9

Depósito Legal: SE 487-2024

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A Claudio,
que me ayudó a conseguir mi sueño*

3

Belmonte, año 1955

Rosa caminaba lentamente, como un alma en pena, en dirección a la ermita de la Virgen de Gracia, absorta en sus pensamientos. Hacía mucho frío y había poca gente por el Paseo. Se subió el cuello del abrigo, sacó los guantes del bolso, se los puso y metió las manos entre las mangas del abrigo. Su rostro denotaba una tristeza infinita, y en sus ojos había una chispa de rencor que atraía las lágrimas como un imán sin poder controlarlas. Los cerró fuertemente y los limpió con el dorso de su mano en un gesto de rabia infinita. Sentía una gran devoción por su Virgen y era muy habitual en ella darse un paseo hasta la ermita para acompañarla durante unos minutos, rezar un rosario en la paz y el silencio que reinaba en el lugar, pedirle algún deseo o simplemente agradecerle alguna gracia recibida. Pero aquella tarde de noviembre Rosa tenía un motivo muy especial para rezarle a la Virgen. Diego, su Diego, su amor, aquel niño con el que había crecido y evolucionado durante toda su vida, con el que había compartido tantas cosas: infancia, adolescencia y parte de su juventud, se

había marchado a vivir a la capital y, antes de marcharse, había roto con ella y la había dejado abandonada a su suerte. ¿Cómo era posible? Nunca lo hubiese pensado de él. ¿Cuántas veces le había dicho que la quería a lo largo de todos aquellos años? Infinidad de veces. ¿Cuántas veces le había respondido ella yo también te quiero? Infinidad de veces. Y ahora, de repente la abandona y, antes de abandonarla, corta con ella porque dice que la quiere mucho, pero que la quiere como puede querer a su hermana.

«Pues mira no Diego la intimidad que hemos tenido nosotros y que tú me pedías insistentemente una y otra vez no se tiene con una hermana cómo pude ser tan tonta toda la vida reservando mi virginidad para el matrimonio contigo y tú insistiendo e intentando convencerme de que me querías tanto que nuestro amor se consolidaría si uníamos nuestros cuerpos que ahora era complicado casarse que teníamos que ahorrar para poder comprarnos una casa que tenías que terminar la mili y que no podías soportar la espera hasta que lo conseguiste y ahora te vas y me dejas me dejas en el momento más difícil de mi vida porque sabes Diego voy a ser madre sí madre no digo que vayamos a ser padres porque desde este mismo momento yo también rompo contigo y nunca vas a saber que tienes un hijo».

La vida acababa de asestarle un duro golpe del que no tenía ni idea de cómo iba a salir. Hasta ese momento había querido engañarse a sí misma pensando que simplemente tenía algún trastorno en su regla, pero

ya eran tres faltas y no había ninguna duda: estaba embarazada, porque, además, había sentido náuseas matutinas, mareos y asco al oler algunos alimentos, aunque había intentado por todos los medios esconderlo, disimular ante su madre. Nunca se imaginó que, con una sola vez que lo habían hecho, pudiera llegar a suceder, pero había ocurrido. Su vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados y estaba sola, completamente sola y muy asustada. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Sólo tenía diecinueve años y la vida tan idílica que había vivido hasta hacía sólo unos meses se había convertido, de pronto, en la más angustiosa agonía.

La primera reacción había sido hablar con él, pero ni siquiera tenía su dirección de Madrid, y su hermana tampoco se había comunicado con ella desde que se marcharon, ni una carta, con lo amigas que habían sido. Después, la propia rabia que sentía hacia él la había hecho creerse capaz de criar a su hijo sin su ayuda, y quería castigarlo no diciéndole siquiera que tenía un hijo suyo, que había sido padre. La otra opción que barajó fue la de buscar a alguien que pudiera conseguir que aquel niño no naciera, pero eso era algo que la espantaba. Alguna vez había oído hablar de una mujer que vivía aislada como una ermitaña en los alrededores del castillo y que sabía de hierbas. Había preparado brebajes para algunas mujeres que, incluso estando casadas, no querían tener más hijos, pero eso era algo que la persona que lo hacía lo mantenía en el más absoluto de los secretos. También era posible que sólo fueran rumores. De todas

formas, en el caso de que fuera verdad, ella no tenía ni idea de cómo localizarla ni sabía de nadie que hubiera requerido sus servicios; tampoco podía preguntar, ya que de hacerlo tendría que confesar lo que le estaba pasando. La única forma de encontrar a aquella mujer era ir un día por los alrededores del castillo y ver si hallaba alguna casa donde pudiera vivir. Aun así, decidiera lo que decidiera, las cosas no iban a ser fáciles. Ella dependía totalmente de sus padres y estaba segura de que, si se lo decía, la repudiarían, pero llegaría un momento en que tendrían que enterarse. Un embarazo era algo que sólo se podía ocultar durante los primeros meses.

Belmonte era un pueblo pequeño en el que todo el mundo se conocía, y desde el momento en que se supiera su situación, pasaría a ser la comidilla de las conversaciones vecinales y empezarían a mirarla como a una apestada, una mujerzuela. No sólo hablarían de ella, sino que también hablarían de su familia. Quizá la única solución era subir al castillo y arrojarla desde una de sus torres.

Rosa entreabrió la puerta de la ermita, entró, metió los dedos en la pila del agua bendita y se santiguó. Fue a sentarse en el último banco, apoyó los codos en las rodillas y se tapó el rostro con las manos. Percibió el aroma dulzón de los lirios que adornaban el altar mezclado con el olor a cera derretida que desprendían las velas de los candelabros, y dejó salir a borbotones las lágrimas que brotaban sin control de sus ojos cerrados. ¡Cómo era capaz de pensar esas barbaridades!

Había dos mujeres en los primeros bancos, ambas mayores, arrodilladas rezando el rosario, y podía oír sus bisbiseos entremezclarse con sus pensamientos y el trotar acelerado de su corazón.

«Qué hago aquí cómo puedo siquiera acercarme a ti Virgencita a pedirte tu gracia después del pecado que he cometido y de los pensamientos que he tenido me avergüenzo de mí misma de cómo soy de lo que pienso del dolor y la vergüenza que voy a causarle a mis padres fui tan débil cómo pude no volveré a creer a ningún hombre nunca más no volveré a enamorarme nunca más afrontaré las consecuencias de mis actos se lo diré a mis padres mañana mismo y acataré lo que ellos decidan si me echan de casa me iré no sé dónde ni sé cómo sobreviviré pero me iré ya lo afrontaré cuando llegue el momento».

Rosa oyó los pasos de las dos mujeres al pasar por su lado. No levantó la cabeza, y ellas, al verla en tal recogimiento, no se atrevieron a preguntarle si le pasaba algo.

«Menos mal» —pensó Rosa— «porque no estoy yo para hablar con nadie ni dar explicaciones».

Media hora después, que a Rosa le pareció un suspiro, oyó que alguien entraba. Permaneció en la misma posición sin mover un músculo, pero esta vez la persona que había entrado sí se acercó a ella y le puso la mano en el hombro. Era el ermitaño.

—Señorita, voy a cerrar, tiene que marcharse ya.

—¡Ah!, vale; ya me voy.

—¿Le ocurre algo? Parece usted muy disgustada. Yo diría que ha llorado.

—No, gracias; no pasa nada, simplemente que me he emocionado.

Rosa se levantó, se santiguó y caminó hasta la puerta. Un frío glacial se le asentó sobre el rostro al salir. Volvió a sacar los guantes para protegerse las manos. Ya era noche cerrada, pero daba lo mismo: no tenía miedo. Si alguien la violaba, a lo mejor hasta le hacía un favor.

Índice

1. Eres la chica más guapa del mundo	9
2. Primer encuentro	17
3. Belmonte, año 1955	30
4. Un muchacho raro	36
5. ¡Eres tan joven!	40
6. Belmonte, año 1955	45
7. El primer trabajo que me gusta	50
8. Cuando tengas diecinueve años	66
9. En el parque	75
10. ¿Tú no sabes que yo te quiero?	80
11. Frente a frente en el parque	86
12. Domingo en el Palace	96
13. El festival	102
14. Un precio demasiado alto	107
15. Belmonte, año 1956	112
16. Ya en el recuerdo	116
17. Belmonte, año 1966	124
18. La carta	130
19. ¿No esperabas verme?	137
20. Tenía tanto miedo	151
21. Depresión	158

22. A los mesones	166
23. La metamorfosis	183
24. El secreto	188
25. Qué hacemos con el piso	198
26. Vuelta al colegio	203
27. La realidad se impone	216
28. La nota del examen	222
29. Tengo algo que pedirte	230
30. El Miserere de Eslava	240
31. El préstamo	247
32. El guateque	257
33. ¡Qué ambientazo hay en Madrid!	263
34. El casado casa quiere	275
35. La boda	279



Esta primera edición de *Crecearé*, de Ana Casquero,
terminó de imprimirse en marzo de 2024.

